

AGUJA DE MAREAR

CIBONEYES A LA VISTA



Ayer por la tarde quedó abierta al público la exposición permanente de arqueología indocubana, —o mejor, indoantillana—, en el Palacio de Bellas Artes. Los Herrera Fritot, los Morales Patiño, los Sánchez Pessino, los Royo, y toda la hueste laboriosa de "Guamá", así como los señores de Zéndegui y Pérez de la Riva, ven realizado un sueño: que tengamos al alcance de la mano y podamos conocer un poco mejor a los primitivos habitantes de esta isla, a los dulces, torpones, desuetos ciboneyes, y a toda la parentela de esas culturas "Meillac" y "Carrier", proveedoras de una cerámica rudimentaria pero llena de valores totémicos y de premoniciones de la belleza.

Es bueno pensar en las raíces. Aquella gente que estuvo aquí, "fatalista, infantil e impresionable", algo tuvo que ver con esto de ahora, y por ello algo sigue teniendo que ver. Somos la suma de la cultura y la biología, pero no puede faltar el sumando del alma primitiva.

No ha de dañar, sino al contrario, acercarse un poco a los que vinieron después del primitivo guajana-tabey, —el cubano más viejo y de huesos con más siglos de sepultura en tierra cubana. Una cultura, una práctica de vida, un programa de trabajo activo, no puede empinarse sino sobre la continuidad. La continuidad con los vivientes inmediatos, pero sobre todo con los remotos antecesores. Para vivir a plenitud, es preciso convivir también con los difuntos.

El hombre, para madurar, tiene que saber enterrar a tiempo a sus muertos próximos, y desenterrar a tiempo a sus muertos lejanos. La vida se hace así un tenso y extenso arco entre dos tumbas igualmente fértiles: la arcaica, que guarda todo el secreto de la raíz, toda la lección del tiempo recordado, y la contemporánea, que servirá como clave para descifrar el jeroglífico tenaz que los de hoy seremos para los cubanos del próximo milenio.

Ahí están, al alcance de la mano, los ciboneyes. Sus tumbas, sus cacharros, el misterio de las bolas funerarias, el balbuceo de su encuentro con la Forma, representan un hito en el tiempo nuestro, una **razón histórica**, cuya relatividad o relacionalidad con nuestro mundo presente debe sensibilizarse y apereibirse. Los muertos trabajan tanto por explicar a los herederos suyos el misterio por ellos conocido, que no hay exceso imaginativo en pensar que mientras mejor conozcamos a los muertos a quienes sucedimos en un mismo ambiente natural y en una misma progresión de historia, mayores serán las luces a derramar sobre el siempre oscurecido presente. Mientras más lejos podamos lanzar la mirada hacia atrás, más avanzará la vista hacia el futuro. Los ciboneyes—el impulso natural es a poner siboney, porque la c, ahí, suena a pueblo filipino—, están desde ayer al alcance de la mano. Como haciendo señales; como en espera de que despertemos, y comprendamos.

G. B.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

SM, fol 5/56